



Juliana Salinas, 84 años
Soraya San José Aguilar, 22 años.

El tren fantasma

Esta es la crónica de un ferrocarril que, tras más de veinte años de obras, nunca llegó a funcionar. Y de un matrimonio que dedicó toda su vida a este proyecto, sin darse cuenta de que realmente estaban construyendo su propia historia; aunque, quizá por ello, no importó que, al final, por esas vías no pasara nunca ningún tren.

Corría el año 1926 cuando el ferrocarril de Talavera de la Reina (Toledo) a Villanueva de la Serena (Badajoz) era incluido en el "Plan Preferente de Ferrocarriles de Urgente Construcción" del gobierno. Aldeanueva de Barbarroja, un pueblecito de Toledo, albergaría una de las estaciones, y esto fue algo que marcó para siempre la vida de sus vecinos y, en especial, la de Juliana Salinas, nuestra protagonista.

Juliana, quinta de nueve hermanos e hija de un "mayordomo del campo" y de ama de casa, sufrió con sólo catorce años las penurias de la Guerra Civil. Fue arrestada para realizar trabajos forzosos cuando su pueblo lo tomó el bando republicano. Acostumbrada a trabajar, al acabar la guerra se fue a servir en las casas de gente adinerada de Madrid. Unos años después se casó, y decidió regresar al pueblo con su marido (también de Aldeanueva) para formar una familia y dedicarse a ella.

En los primeros años de matrimonio vivían de alquiler con el escaso sueldo de Leoncio, su marido, como picapedrero, y teniendo que sacar adelante a sus tres hijos. Pero una conversación con un amigo les cambió la vida.

La línea Talavera-Villanueva

El llamado "Tren de la Jara" era un proyecto de vía férrea que iba desde la población toledana Calera y Chozas (junto a Talavera de la Reina) hasta Villanueva de la Serena, en Badajoz, atravesando los Montes de Toledo. Durante la dictadura de Primo de Rivera se había acordado esta construcción, ya que el ferrocarril estaba entonces en pleno auge y así se mejorarían las comunicaciones entre las extensas comarcas castellano-manchegas y extremeñas. Pero los fondos se agotaron, y ni siquiera durante la República fueron capaces de continuar con las obras.

Ya en los años 50, tras la Guerra Civil, el proyecto se reanudó. Cuando se volvieron a quedar sin dinero, el Banco Mundial les denegó un nuevo crédito. Las carreteras empezaban a emerger, y el ferrocarril comenzó a verse como algo antiguo. El abandono del proyecto en 1964 fue el definitivo.

La vida durante las obras

Leoncio tenía un amigo que era vigilante de la vía del pueblo, y con él solía ir a pisar uvas para la elaboración del vino. Como guarda, tenía derecho a vivir en la casa construida junto al ferrocarril, que sería destinada cuando finalizasen las obras a ser la estación del tren. Pero él tenía su propia vivienda muy cerca, y prefería ir y venir de ella en vez de vivir en la "casilla" de la obra.

Conociendo la ajustada situación económica de Leoncio y Juliana, quiso ayudarles y entre uva y uva les ofreció vivir allí. No tendrían que pagar nada, y aunque la calidad de la construcción no fuese como ellos hubiesen querido, Juliana tomó la decisión de mudarse para poder invertir el dinero que se iban a ahorrar en mejorar la vida de sus hijos. Así fue como Juliana comenzó su vida en las "casillas", en 1955, en la principal de las seis construidas para los trabajadores.



Sin luz ni agua vivieron durante meses, hasta que las obras de la vía se reanudaron tras la guerra y mejoraron notablemente sus condiciones. Tanto, que fue la primera del pueblo en tener agua corriente y luz eléctrica (y con ello lavadora y nevera): era la envidia de todos los vecinos. Incluso su familia acudía a esta casa para bañarse y lavar la ropa. "Al principio teníamos un candil para toda la casa, y cuando el instalador me preguntó cuántas tomas de luz eléctrica quería, yo le dije que con una en el salón era suficiente. Se empeñó en ponerme una en cada habitación, ¡y menos mal que lo hizo!" Su marido logró hacerse con el puesto de vigilante de la obra, por lo que su permanencia en estas casas quedaba asegurada.

Juliana entonces montó un improvisado restaurante sin ánimo de lucro. Al ser la única mujer, se encargó de preparar la comida a los obreros que allí trabajaban, cobrándoles solamente lo que se gastaba en su elaboración, ni una peseta de más: "Si utilizaba media garrafa de aceite, les cobraba eso, nada más; me faltaba malicia para añadir gastos", dice Juliana con una sonrisa. Pero no contenta con este servicio que les prestaba desinteresadamente, lavaba la ropa del delineante y todos sus ayudantes para que estuviesen limpios.

Y así transcurría el día a día, con su marido dando paseos para controlar alrededor de la vía (y cazando conejos para comer por el camino), y ella encargándose de la comida de todos y aprovechando lo que quedaba para sus hijos, lavando la ropa de sus pequeños mientras dormían la siesta para que al despertar estuviese limpia,...

La obra

La vía del ferrocarril constaba de 170 kilómetros dividida en tres secciones. La que pasaba por Aldeanueva era la primera, que transcurría desde Talavera hasta el Puerto de San Vicente (unos 60 kilómetros, los que vigilaba el marido de Juliana). En este trayecto, el trazado es muy accidentado. El río Tajo era un obstáculo enorme, y también las montañas. Por ello las obras supusieron un gran esfuerzo, ya que había que sortear estos accidentes construyendo viaductos y túneles, sin ayuda apenas de máquinas. Entonces no había "modernidades", y la obra era mucho más lenta porque tenían que picar prácticamente a mano la piedra. De hecho, fueron cerca de veinte los túneles construidos, alguno de ellos con casi un kilómetro y medio de longitud.

Pero cuando estaba todo acabado, sólo a falta de colocar la gravilla y los raíles (paso previo a la circulación del ferrocarril), el proyecto se paralizó por motivos económicos, enterrando así las ilusiones y los sacrificios de obreros y vecinos de todos los pueblos.

Mirar hacia delante

En 1964 llegó la orden de paralizar de nuevo las obras, aunque en este caso todos sabían que sería el parón definitivo. No sirvieron de nada el esfuerzo realizado ni los deseos puestos en el plan; no había dinero suficiente para continuar. Y así quedaron las vías, vacías, sin raíles, como sus corazones. "La noticia impactó mucho en la gente del pueblo, más que en los obreros. Ellos eran jóvenes, y encontrarían otro sitio para trabajar, pero nosotros los aldeanovanos nos estábamos quedando sin ilusión." Pero no quedaba más remedio que aceptarlo, y los obreros se marcharon del lugar.

Leoncio seguiría como guardia de la vía, para vigilar que no se estropease con el paso de los carros o el mismo paso del tiempo. Aunque no circulase ningún ferrocarril, el piso estaba acabado y era necesario mantenerlo, por lo que pudiera pasar. A Juliana se le planteaba así una vida mucho más tranquila, con sus hijos estudiando en colegios internos en Madrid, porque les quería dar la mejor educación que estuviese en su mano, y sin tanta gente a la que alimentar cada día. Pero nada más lejos de la realidad.



La zona en la que estaban situadas las casillas y la vía, a las afueras, era un coto de caza, y los obreros a los que Juliana había dado de comer durante años echaban de menos esa vida. La comida era buena y la atención, mucho mejor, porque Juliana siempre ha tenido una sonrisa preparada. Así que, ni cortos ni perezosos, decidieron pasar allí sus fines de semana, cual casa de campo.

Tanto los que eran cazadores, que acudían con todos sus amigos, como los que optaban por llevar a la familia, aparecían por casa de Juliana un sábado sí y otro también. Eso sí, ya llevaban los animales que cazaban para la comida, aunque quien seguía cocinando era la misma. Además, se encargó, durante los más de cinco años que duró esta "costumbre", de mantener el resto de casillas limpias y preparadas para sus huéspedes, a pesar de que la mayor parte del tiempo lo pasaban en casa de Juliana. "No era capaz de ocuparme sólo de lo mío, me daba pena no echarles una mano preparándoles las casas." Pero ella siempre fue conformista, y lo hizo con el mayor agrado y dedicación.

Juliana y Leoncio vivieron así hasta su jubilación, en 1985, cuidando de la vía de un ferrocarril que nunca llegó. Aunque el miedo de vivir a las afueras, al verse ya mayores, les obligó a cambiarse de casa en sus últimos años en el pueblo. Gracias a su empeño, y al de asociaciones ecologistas que han luchado por que esta obra no se echase a perder en el olvido, en la actualidad podemos disfrutar de una maravillosa Vía Verde que podemos recorrer a pie, en bicicleta o a caballo para disfrutar al máximo de sus bellos paisajes naturales.

Lo importante de la vida

Juliana es una persona alegre, que habla mirando a los ojos y sonriendo, siempre sonriendo. A sus 84 años, no ha perdido ni un ápice de las ganas de vivir, y siempre está haciendo algo en su residencia de Madrid. Se apunta a excursiones, actividades y concursos, porque siempre ha sido activa y, mientras la salud se lo permita, lo seguirá siendo. "No puedo estarme quieta. Yo no quiero ser como algunas compañeras, que se sientan en un rincón a quejarse de cuánto las duele algo. A mí también me duelen cosas, pero quiero ser fuerte y hacer todo lo que pueda", dice Juliana frunciendo el ceño.

En voz baja para no atraer mala suerte, confiesa que en realidad no tiene mucho de qué quejarse porque la vida no la ha tratado demasiado mal. Tiene sus achaques, como casi cualquiera a esa edad, pero sobre todo tiene el cariño de su familia y mucha vida que transmitir. Aunque echa mucho de menos a su marido, que falleció hace cuatro años, sus tres hijos van a verla cada semana sin falta, y sus nietos siempre que pueden. En la residencia, tiene amigos por todos lados; ya esté en el pasillo, en la cafetería o en el salón, se saluda amablemente con todo el mundo y les pregunta (o la preguntan a ella) qué tal se encuentran hoy, con su sonrisa permanente y ese brillo en los ojos que la caracterizan. Y es que ella opina que lo mejor es llevarse bien con los demás, mientras sea posible, porque así la convivencia es mucho mejor y más agradable para todos.

La vida la ha hecho trabajar mucho, pero siempre se lo ha tomado con filosofía. Es partidaria de esforzarse, y no la gusta ver a la gente que no hace nada y encima se queja, como dice ella. Es reacia a la inactividad, y, como buena amiga del refranero español, mantiene que "no hay atajo sin trabajo". Consciente del problema que tienen los jóvenes hoy en día para independizarse, anima a sus nietos a no quedarse



parados y trabajar porque, como bien observa, si el transporte público por las mañanas va lleno de gente que acude a sus distintas ocupaciones es porque ese trabajo existe aunque no sea el ideal.

También afirma, con mucha razón, que no hay que quejarse por todo, porque siempre hay cosas buenas de las que alegrarse y debemos saber verlas y por supuesto valorarlas. “No todo es malo, ni bueno tampoco, pero hay que tener fuerza para enfrentarnos a lo que venga y no rendirnos y, sobre todo, tener alegría y sentido del humor.”

